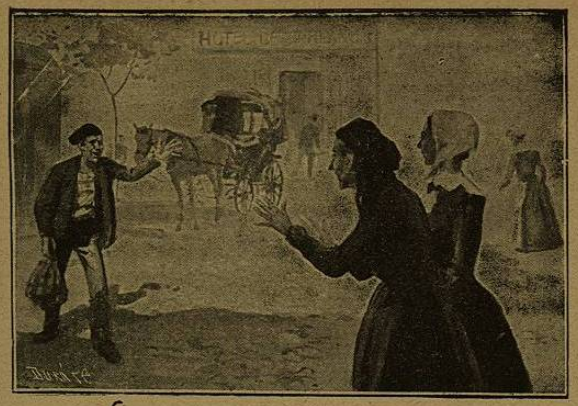
caballos, que arrancaron á buen paso, mientras Belhumain y Desideria me hacían saludos de despedida.

Llegamos á la estación en el momento preciso en que llegaba el tren que había de conducirme á Cherburgo.

Tomé mi billete en el despacho, y me acomodé en un vagón de tercera. Silbó la locomotora, partió el tren, y—¡lo que es la costumbre! —me hallaba menos seguro en el vagón que á bordo de *La Pervenche*.

Ansiaba llegar á Cherburgo, donde, según lo dicho por el patrón Robine, debía tomar la diligencia para Saint-Pierre-Eglise y Barfleur.



IX

Cuando divisé desde el coche el campanario de la iglesia de Barfleur, sentí una emoción inexplicable.

Fué lo primero que vi destacándose en el cielo azul de primavera.

Después fueron apareciendo á la derecha las casas del puerto, y pronto reconocí la del *tío* Hilario junto á los arenales.

Una espiral de humo azulado salía de la chimenea, extendiéndose por la atmósfera.

Cuanto más nos aproximábamos á Barfleur, mejor se dibujaba la casa del patrón Langlois tal como yo la había visto durante tanto tiempo, con su tejado de bálago y los rosales de

Bengala que se entrecruzaban delante de la fachada.

El coche llegó al pueblo, y se detuvo ante el hotel de la *Blanche-Nef*.

La *tía* Langlos y Rosa me esperaban, y cuando me hubieron visto sus lágrimas corrieron á raudales.

—¡Eres tú, Santiago; eres tú!

No acertaban á decir otra cosa. Nos abrazábamos los tres, confundidos por la misma emoción, porque todos pensábamos en la catástrofe y en la causa que me llevaba á Barfleur, y sin poder apenas hablar exclamé:

—*¡Tía*, mi pobre *tía!*

Llevando mi exiguo hatillo á la espalda nos alejamos en dirección á casa, y en el trayecto la *tía* Langlois me contó lo que ya sabía yo; la pérdida del *San Nicolás*, y que el *tío* Hilario y sus hijos estaban sepultados en el mar, sin saber dónde, muy lejos ó muy cerca.

Pero, cerca ó lejos, eso no importaba: cuando los guarda el mar, no devuelve á las viudas ni á las madres los cuerpos mutilados de los seres amados.

¿Qué se puede decir en semejantes casos? Yo callaba al ver el dolor de Rosa y de la *tía* Langlois; pero, una vez en casa, no pude contenerme y me deshice en llanto.

Todo estaba como cuando yo le dejé, y en medio de mi pena me decía:

—¡No ha variado nada; el *tío* Hilario está en alta mar, y volverá con la marea!

En la pared estaba colgado su traje de recambio, lo mismo que los de sus hijos, y sobre cada traje, la gorra de hule de los domingos, reluciente y limpia.

La *tía* Langlois lo señaló con un gesto.

—¡Se acabó!—le dije.—El patrón Robine dice que siempre hay que contar con ello; pero eso no quita para que se le saltaran las lágrimas cuando supo la noticia.

Y añadí:

—Me ha dado esto para usted: poca cosa, *tía;* pero, por lo menos, es un respiro.

Y le puse en la mano todo lo que tenía; mi sueldo y el dinero que me dió el patrón al marcharme de Grandcamp.

—¡Todavía hay personas honradas en el mundo!—exclamó la *tía* Langlois.—Pero ¿qué será de nosotros cuando se acabe esto?

—Por eso estoy aquí, y por eso me ha mandado el patrón Robine. ¿Sabe usted lo que dice, *tía?* Que no hay nada irreparable, y que mi deber es pagarles todo lo que ustedes han hecho por mí. Por eso estoy en Barfleur, dichoso de volver á verla, aunque no hubiera querido que fuera por esta causa.

Al oirme la *tía* Langlois y Rosa se entristecían más, y tras un penoso silencio repuse, sin saber lo que decía:

—¡Es una cosa horrible, y el patrón Robine dice que es hasta injusto!

—¡Es la verdad!—dijo la *tía* Langlois. —¡Pero el mar elige sus víctimas! Hoy somos nosotros; mañana, los de más allá: ya sabes lo que ocurre siempre. De todos modos, hay momentos muy duros en la vida.

Entonces, con cierta arrogancia, la interrumpí diciendo:

—¡Es horrible, cierto! Pero ¿acaso no estoy yo aquí? Creo que confiarán ustedes en mí. ¿No soy ahora el hombre de la casa?

Pero la *tía* Langlois, cuyo amor maternal se desbordaba, exclamó:

—¡Eso no me devuelve á los que se fueron, los que el mar se llevó y no me restituirá! ¡Me alegra mucho verte, Santiago; pero tú no llenarás el hueco de los que faltan!

—Haré todo lo que pueda, y ya saldremos de esto hasta que los pequeños crezcan; soy fuerte, y sé un oficio. ¿Quiere usted que sea el jefe de la familia?

Rosa me miraba casi con admiración. Sin embargo, ¡era tan natural lo que decía! Viéndola tan preocupada, dije esforzándome por sonreir:

—Por usted y por Rosa haré cuanto me digan. Por más que ya sé la resolución que he de tomar.

—Te quedarás con nosotros; no te irás—dijo Rosa.

—Sí—repliqué:—me iré, y muy lejos; pero será para volver una vez al año.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada extraordinario: ganarme la vida en el mar, y devolver á usted, *tía*, cuanto le debo. Es mi deber; si no lo logro, será por falta de suerte.

Entonces les expliqué lo que pensaba hacer, la idea que me había sugerido el pinche de Isigny, y mi resolución de alistarme en Granville para la pesca del bacalao.

Bajo el peso de la catástrofe reciente, Rosa se echó á llorar, diciendo:

—¡Si te vas, no volveremos á verte, y nos quedaremos solas mi madre y yo!

No me explico qué resolución me inspiraba; pero al ver á Rosa en aquel estado y á la *tía* Langlois abrumada por su desgracia, sentía que nacían para mí nuevos deberes, y con acento vibrante dije:

—¡Es preciso, Rosa; es preciso, para que podáis vivir!

En aquel momento el capitán de carabineros señor Lepine, á quien conocía de antiguo, entró en casa.

Iba de uniforme de diario; guerrera y teresiana, y pantalón azul con franja roja, y al verme exclamó:

—¡Hola! ¿Ya está aquí el traiñero de Grandcamp? ¡Ya supondrás, muchacho, que tienes que luchar para ser útil aquí!

—Capitán—le dije,—á eso he venido.

Lepine prosiguió:

—*Tía* Langlois, no traigo á usted consuelos. Lo que puedo decirle es que no se aflija usted demasiado. La desgracia es irreparable; pero puede usted vivir tranquila durante una temporada, lo cual le permitirá reponerse. ¿Qué le parecería á usted si yo pusiera mil francos á su disposición?

La *tía* Langlois exclamó:

—¡Capitán Lepine, no se burle usted de los pobres; sobre todo cuando están como nosotros!

—No me burlo, *tía* Langlois. El dinero no está en mi bolsillo todavía; pero el jefe de Correos está prevenido, avisará á Cherburgo, y pasado mañana lo más tarde llegará: mientras tanto, si necesita usted un adelanto...

—¡Gracias, capitán! Santiago nos ha traído lo suficiente para estos días, y aun para más adelante.

—¡Más adelante, más adelante!...—repuso el Capitán.—Ese dinero es para usted. Viene

de París, de mi amigo el periodista, y comprenda usted que me sería penoso devolverlo. Además, bien claro lo dice: es para usted, y nada más que para usted. Tal vez envíen después más; y en ese caso, mejor todavía. Lo que sí afirmaría es que esta vez el señor Rampán pesca una ictericia de rabia ó de envidia; porque ya sabe usted que en el anterior siniestro quiso que yo le entregara el producto de la suscripción para quedarse con una parte para la Beneficencia, ó para él, que es lo más probable.

—¡Oh capitán!—dijo la *tía* Langlois.—¿Supongo que no le importarán á usted esos manejos?

—Ni me preocupo de ellos, *tía* Langlois; pero no hacen honor á la Humanidad tales gentes.

Y *tía* Langlois exclamó señalándome:

—Siempre les fué antipático el señor Rampán á éste y á Langlois.

A lo que yo añadí:

—No puede ser simpático á nadie un hombre que sólo desea el mal de los demás.

—Es la verdad—repuso el Capitán.—Pero, si le parece á usted, *tía* Langlois, mientras Santiago y Rosa charlan un rato nosotros hablaremos de nuestros asuntos.

Le agradecí en el alma sus palabras, porque

no dejaba de contemplarla. ¡Qué bonita estaba! ¡Y qué cambiada me pareció!

No me cansaba de admirarla y de decirle que me encantaba y que estaba tal y como me la había figurado por las noches, cuando navegaba con el patrón Robine bajo la proyección del faro.

Mientras tanto, *tía* Langlois y el Capitán se entendían. Resultaba que la casa podía sostenerse por lo menos durante un año. El Capitán, hombre de experiencia, se encargaría de arreglarlo de la mejor manera posible, contando con el dinero que enviaban de todos los rincones de Francia.

La solidaridad que existe entre todos los pescadores, y acaso también la esperanza de que cuando ellos falten los demás harán por sus familias lo que ellos antes hicieron por otros, es causa de que esas suscripciones alcancen siempre excelentes resultados.

La idea de tener qne pensar en un nuevo modo de vivir llevaba á la *tía* Langlois al recuerdo del naufragio, y entre sollozos decía:

—Es usted muy bueno, capitán Lepine; pero todo ese dinero no me devuelve á los míos. Por mi gusto, no quisiera que navegase nadie.

Y se aferraba á esa idea, natural y lógica después de un siniestro marítimo:

—¡Si al menos supiera dónde desaparecieron! ¡Si los hubiera visto después de muertos arrojados por el mar!

—¡No diga usted eso, *tía* Langlois! ¡No hable usted de esas cosas! Ya comprendo que en estos casos se pierde el sentido; pero lo mejor es resignarse y pensar que en todas las costas de Francia hay mujeres de marinos expuestas á lo mismo. Ya sé que la pena de unos no cura la de otros; pero debe usted pensar que tiene seis hijos, y que hay que educarlos hasta que puedan ganarse el pan.

É interpelándome bruscamente, dijo:

—Tú eres el primero en filas, Santiago, y me pareces lo bastante robusto para no retroceder ante el trabajo.

—Ya sé lo que es, capitán, y crea usted que el patrón Robine no es de los que eligen los días para hacerse al mar.

—Pues bien; hablaremos de eso en la próxima semana. Mientras tanto, duerma usted tranquila, *tía* Langlois, que por ahora no le falta pan para todos, lo cual siempre es un consuelo.

Acompañamos al Capitán hasta la puerta, y emprendió el camino del cuartel alegremente, como quien se siente dichoso por haber hecho una buena obra.

Cuando el Capitán se alejó Rosa tomó la palabra.

—A pesar de todo—dijo,—debes de estar muerto de hambre, Santiago.

—Hoy no tardarás mucho en hacer la comida. Abre mi saco: dentro hay un paquete que me ha obligado á aceptar Desideria, la hija del patrón Robine, y espero que no lo despreciaremos. ¡No me extrañaría que más adelante Belhumain se casase con ella! Un buen muchacho, como es él, y una excelente persona como Desideria, deben terminar así: de ese modo comprendo yo los matrimonios. Si cuando llegue mi hora encontrase una joven como Desideria —añadí mirando á Rosa,—no sería yo el que se quejara de la suerte.

Pero la *tía* Langlois, que no estaba de humor para creer que la felicidad fuera cosa posible en la Tierra, á la vez que ponía la mesa dijo:

—¿Acaso sabemos si la dicha de hoy durará mañana? Lo mejor es esperar siempre el dolor, para no ser sorprendidos por él.

—¡Vamos, Rosa; llama á los niños, y almorcemos ya, que es necesario!

El más pequeño, aquel á quien la *tía* Langlois amamantaba cuando me marché, se despertó, y después de pasarse las manos por los ojos me miró asombrado.

Quise cogerle; pero empezó á lanzar tales gritos, que volví á dejarle en la cuna, lo cual no le hizo callar.

Rosa entró con los restantes, cuyos zuecos producían un gran estrépito sobre el pavimento de piedra, y nos pusimos á comer, honrando las provisiones de Desideria.

La *tía* Langlois nada decía; estaba taciturna, y el verla tan apenada nos entristecía á todos.

La catástrofe estaba muy reciente aún para que la olvidara, y apenas si Rosa y yo cambiamos algunas palabras mientras los pequeños se aprovechaban del festín, pareciendo demostrar con su rostro sonriente que nunca habían participado de almuerzo tan suculento.

Algunos días después el capitán Lepine se presentó en casa. Gracias á él, y en espera de mi alistamiento para Terranova, tenía un empleo de novicio á bordo de los barcos de Ald. Edmundo Levêque, de Saint-Waast, que llevaba á Inglaterra huevos, manteca y aves del Cotentín. Eran algunos meses de ocupación, que me permitirían esperar sin ahogo y con un sueldo regular el año próximo. Al oirle pensé que los asuntos no se presentaban del todo mal, y que con buena voluntad y energía llegaría al fin propuesto.

El tiempo fué pasando con relativa tranquilidad, y por consejo del capitán Lépine lo empleé en navegar entre Saint-Waast-la-Houque é Inglaterra á bordo de un costero del señor Levêque.

Sin embargo, aquello no era más que transitorio, y ansiaba que llegase el momento de la próxima campaña de pesca.

No es que fuera precisamente desgraciado, pues de tiempo en tiempo podía ver á la *tía* Langlois y á Rosa: además, en casa las cosas iban bien, y el dinero que el capitán Lepine nos había entregado se multiplicaba, gracias á la administración de Rosa, que á medida que crecía se perfeccionaba en sus conocimientos domésticos.

Esta idea me servía de consuelo al pensar en mi marcha.

—Cuando el dinero del Capitán se agote—pensaba yo,—se sustituirá por el que yo envíe, y así devolveré, en memoria del *tío* Langlois, cuanto les debo de gratitud y afecto.

Al fin llegó la hora de mi partida. Gracias á las gestiones del capitán Lepine, estaba alistado en calidad de novicio á bordo del *Capricho*, del capitán Touraille, precisamente el amigo del pinche de Isigny, y me prometí trabajar con ahinco para llegar pronto á marinero con parte en la pesca, y hallarme, por consiguiente, en disposición de pagar mi deuda de gratitud á la *tía* Langlois.

Sin embargo, no podía marcharme sin volver á ver al patrón Robine, á Belhumain y á Desideria; circunstancia que me permitiría saludar al pinche del *Racimo de Uvas* y pedirle una nueva carta para el capitán Toureille, según las palabras del capitán Lepine.

—Las recomendaciones nunca están demás—me decía;—y si yo hubiera hecho uso de todas las que me han ofrecido, seguramente, hubiera conseguido altos puestos ventajosos.

Debía estar en Dranville en los últimos días del mes de Marzo, dado que la escuadrilla de pesca zarpaba después del equinoccio.

Un patrón de Barfleur, cuyos negocios le reclamaban en Grandcamp, consintió en llevarme á su bordo. Debía partir un lunes por la mañana, á la hora de la bajamar, para llegar á Grandcamp con la pleamar; y el sábado, después de haberme despedido del señor Levêque y del patrón de su costero, marché á pie á Barfleur.

Por el camino reflexionaba:

—Realmente, una campaña de pesca en Terranova dura seis meses. ¿Qué más da que esté en Grandcamp ó en la costa americana? Es hasta menos triste, porque una vez de regreso en Francia, no tendría más que marchar á Barfleur para ver á Rosa y á la *tía* Langlois y entregarles mis economías.

La separación fué desgarradora. Fueron las dos hasta el barco del patrón que me llevaba á su bordo para Grandcamp, y la idea de que